

## ALMUERZOS Y RECUERDOS

**Libro de Pemán, rico de ingenio, con evocaciones brillantes, con frecuencias punzantes e intencionadas y también, con frecuencia, ambiguas.**

*Mis almuerzos con gente importante* es un libro rico de ingenio, en el que Pemán acredita otra vez sus bien conocidas dotes de observación, gracia y habilidad para contrapesar adhesiones y discrepancias, elogios y censuras, en un ambiente de ironía que en algunas ocasiones se resiente de ambigüedad. Es un libro de retratos y anécdotas que saca a la luz desde el depósito de su memoria y que constituyen un documento histórico de primera mano. Un testimonio grave en no pocos pasajes y caracterizaciones que el autor desliza, con valor y perspicacia, bajo una apariencia de superficialidad.

Me han parecido especialmente atractiva la primera parte de estas memorias fragmentarias: la parte que se refiere a la Dictadura del general Primo de Rivera, con quien tuvo Pemán trato familiar y cuya figura evoca con bien ponderadas proporciones de estimación afectuosa y de espíritu crítico. En esta parte del libro esconde Pemán se produce con mayor libertad sin que en la mezcla de la cal y la arena –que es uno de los secretos de su estilo- se agreguen los elementos de cautela que se hacen notar en las páginas del libro que se refieren a acontecimientos más próximos y a personalidades todavía vivientes. Extraordinariamente certeras y oportunas son las evocaciones del José Antonio joven, crítico y hasta impertinente frente a muchas ideas y actitudes de su padre, a quien profesaba filial devoción, pero cuya política le merecía graves reparos que yo conocí muy de cerca. Me parece ahora estar viendo a aquel joven apenas salido de la adolescencia mordiendo con sus precoces ironías las ingenuidades paternas. Es certísimo que a José Antonio no le gustaba aquella Unión Patriótica ni nada que pudiera parecersele. Aunque enclavado con cariño y lealtad en aquella familia, aunque formado en aquel ambiente social, es evidente que José Antonio escapaba de él preparándose así a un destino trágico, del que acaso lo menos trágico haya sido su muerte prematura.

Los recuerdos de Pemán se refieren, sin embargo, en su mayor parte a los tiempos más próximos que van desde la guerra civil hasta la última crisis ministerial. Evocaciones brillantes, con frecuencia, punzantes e intencionadas y también con frecuencia, ambiguas. Aunque comprendo bien cuántas veces en la prosa de Pemán la ambigüedad es el precio de la intención, diré que en esa ambigüedad uno no se encuentra cómodo; quizá porque no pueda olvidar la gravedad de las situaciones sobre cuya superficie conquista el ingenio del escritor su incisiva libertad de juicio a fuerza de concesiones. Sin que con ello roce mi gran estimación por él, señalaré que su memoria, generalmente feliz, no deja de registrar pequeñas confusiones como cuando hace profesor de Derecho político a nuestro genial don Laureano (Díez Canseco, se entiende), y que en sus juicios no siempre prescinde de pagar tributo a los estereotipos e incluso a los apasionamientos.



Hay que decir que el libro es veraz en cuanto a los hechos y entreveradamente certero en cuanto a las personas; y digo así porque los rasgos más mordaces de sus

retratos están trazados en una atmósfera de amistad desagraciada, y sus apologías envueltas de ironía y de distanciamiento. Será por ello difícil que ninguna de las personas mencionadas en su libro se sientan aduladas, y menos aún enojadas con el autor, que parece haber perseguido en su difícil tarea un programa de amistad universal, en el que las críticas más severas no pasarán de ser afectuosos reproches en familia y los elogios no llegarán a ofender el pudor. Instalados en tan tibia atmósfera, obligado será para cualquiera de los personajes incluidos en el censo pemaiano abstenerse de protesta aunque su propia imagen le parezca deformada o no del todo fiel. Cabe, en efecto, completar con algunos datos las anécdotas en las que nos hace aparecer como protagonistas o testigos. Pemán, para dar un ejemplo de las tensiones internas existentes en el seno del Movimiento Nacional durante la guerra y después de terminada, utiliza el incidente producido con ocasión de una conferencia suya en la Academia de Jurisprudencia y que tuvo una derivación más bien pintoresca entre él y Miguel Primo de Rivera, a la sazón gobernador civil de Madrid.

Es muy cierto que en aquel acto que yo presidí me sentí incomodo y disgustado no tanto por sus palabras -en las que no hubo manifestación grave o inconveniente-, sino por la actitud extremosa y gesticulante con la que parte de su público las recibía y coreaba exaltadamente. En aquel tiempo vivíamos todos en estado de tensión emocional con grandes apasionamientos y preocupaciones; entre las más era entonces la mayor dar realidad a la unificación política del Movimiento que salía de la guerra, empresa difícil en la que el mismo Pemán colaboraba oficialmente y que a mí me parecía que, con sus palabras, y sobre todo con la actitud de sus seguidores, se ponía en peligro. Además de considerarla como he dicho inconveniente desde el punto de vista político, a mí, personalmente, me molestaba, me hería, que se quisiera establecer una competencia de méritos o prioridades entre nuestros grandes muertos como así resultaba en relación con José Antonio y Calvo Sotelo. De ahí mis comentarios desabridos durante su discurso, que el Patriarca de las Indias tuvo el mal gusto de apresurarse a transmitirle en un almuerzo al que le invitó especialmente con este fin. (El obispo Eijo Garay, aquel que al principio nos anatematizaba a los falangistas para acabar siendo años después, con poca prudencia, miembro de la Junta Política de Falange, el organismo más sustantivamente político del Régimen, al menos en teoría.) Lo cierto es que terminado el discurso, al salir de la Academia, Miguel, subiendo a mi coche, me rogó vehementemente que lo llevara a El Pardo, lo que hice (sin que hubiera durante el trayecto «lavado de cerebro»), y allí se desahogó contando el percance, sin que yo ciertamente le quitara en aquella circunstancia la razón. Esto fue por mi parte todo, y sólo dos días más tarde supe del lance personal que con todo detalle nos cuenta en el libro.

Mucha más importancia que el episodio tiene, a mi juicio, señalar que Pemán, a fin de caracterizar expresivamente la polarización de aquellas tensiones, me confiere el carácter de «representante de la corriente que podría llamarse, aunque con imprecisión, más totalitaria» y atribuya a sus amigos de la Academia de Jurisprudencia la significación de liberales. La primera atribución no es incorrecta, aunque Pemán sabe bien que en aquellas fechas eran numerosos los competidores (alentados por sus mismos correligionarios) que me discutían aquella primacía y que luego -tras de la derrota de las potencias del Eje- quisieron atribuírmela en exclusiva. En cambio, la segunda atribución -la de los liberales de la Academia- me parece un tanto impropia para aplicarla a los monárquicos de entonces que reivindicaban el título de «contrarrevolucionarios» y querían oponer a la interpretación del Movimiento de José Antonio la de Calvo Sotelo. Como sea, lo cierto es que las tensiones existían, aunque no tuvieran en rigor el carácter

que hoy Pemán les atribuye. Y también lo es -y tal vez sea normal- que la fruición que causa la lectura de libros como éste vaya siempre acompañada de un poso de melancolía.

(ABC, 10 mayo 1970.)

NOTA:

Como el tiempo desdibuja tantas cosas, explicaré ahora, diez años después de publicado el artículo, el porque de ese paréntesis. Cuando lo escribí se estaba en plena moda oficial de los tecnócratas, y los planes de desarrollo, que dirigía un personaje hasta entonces desconocido, Laureano López Rodó, descubierto por Carrero Blanco. Para los universitarios de mi generación, y también de otras anteriores, Don Laureano, así, sin más, era siempre Canseco, el fabuloso catedrático de «Historia del Derecho» y no de «Derecho Político», error en que incurre Pemán en el libro de sus almuerzos, y que yo rectifico en este mío.

Don Laureano Díez Canseco era una personalidad singular en el claustro de Profesores de la Universidad que entonces se llamaba Central. No obstante su aspecto insignificante, regordete, de baja estatura, espeso, y con voz un poco apagada, tenía la reputación de hombre eminente y era escéptico y un tanto cínico. Casi nunca asistía a clase ni se ocupaba de las lecciones del programa, sin duda por un convencimiento que tenía de la inutilidad de hacerlo, pues conocía el poco interés que los estudiantes tradicionalmente venían demostrando por la asignatura, al saber de antemano que la tenían aprobada, ya que Don Laureano nunca había suspendido a ninguno. Así ocurría que unas veces llegaba Don Laureano a la Universidad y nadie le esperaba, y otras, al revés, los estudiantes le esperaban y él no acudía. Pero cuando en alguna ocasión coincidían en el aula 11 del viejo caserón de San Bernardo -como ya es de estilo llamar a aquella casa-, se producían situaciones pintorescas, divertidas y alborotadas, tanto por las ocurrencias y las ironías del escéptico Don Laureano como por las manifestaciones y actitudes de los alumnos que en su mayoría le hablaban de tú y le replicaban con desenfado. En cátedra, ni aun los alumnos más dedicados al estudio casi nunca tuvimos ocasión de escucharle una lección entera en medio del alboroto que allí imperaba. Sin embargo, los estudiantes todos, bromas aparte, repetían que Don Laureano era un gran sabio, y como artículo de fe, de un curso universitario a otro, se transmitía categóricamente esa aseveración.

Es verdad que en «El Oro del Rhin», bebiendo grandes «bocks» de cerveza, le escuchamos luminosas explicaciones sobre problemas históricos; pero con todo, y como por otra parte su obra escrita sí de mucha calidad era muy limitada -un valioso trabajo sobre el «Fuero de León del 1020»-, los más rigurosos nos preguntábamos ¿pero por qué hablamos todos, con qué fundamento, de la sabiduría de Canseco?

Muchos años después, paseando un día por el «Retiro» con Ortega y Gasset -los cien pasos, como decía don José- se me presentó la gran oportunidad de salir de la duda sobre la ciencia de Don Laureano, y Ortega, desde su altura, me respondió con sólo estas palabras: «Laureano Canseco ha sido el hombre mejor informado de nuestra generación.» Nada menos.

Por eso cuando me referí en este artículo a nuestro «genial» Don Laureano, desvanecido para muchos su recuerdo, y presente diariamente, en cambio, en la Prensa y

actos políticos, el nombre de Laureano López Rodó, me pareció legítima y obligada la puntualización que se hace en este paréntesis.